

LIBRO SEGUNDO.

RESULTADO DE LA LUCHA. ¿QUIÉN ES VENCEDOR?

CAPÍTULO PRIMERO.

LA IGLESIA.

§ I.—El papado despues de la Reforma.—Su impotencia.

Los protestantes se vanaglorian de haber destruido el poder de los papas; mas, en realidad, el papado estaba ya en plena decadencia antes del siglo XVI; los reformadores no hicieron más que consagrar una obra que estaba cumplida. No es esto una paradoja. Una institución está muerta cuando está condenada en el dominio del pensamiento; poco importa que viva todavía durante siglos. El paganismo estaba muerto desde el día en que la filosofía lo rechazó, aunque tuvo despues una existencia secular antes de dejar el puesto al cristianismo. Lo propio ha sucedido con el papado. ¿Qué es lo que constituía la fuerza de los papas en la Edad Media, su vida, por decirlo así? El papado era un poder de opinion, fundado en las creencias cristianas; apoyado en la conciencia general fué como Gregorio VII fundó el poder espiritual y el poder temporal de la santa sede; á sus ojos y á los de la cristiandad, este poder era divino, y por tanto eterno, como el Cristo de quien se llamaba órgano. Pero nada hay de eterno más que Dios; todo lo que toca á la humanidad es mudable, porque el hombre, sér imperfecto, no llega á la verdad sino progresivamente y sin comprenderla jamas por entero. El papado tenía una mision que cumplir en la Edad Media, pero una mision temporal; llamado á formar la educacion de las razas germánicas en una época de barbarie, debió imperar sobre los reyes y mantener con un rigor de hierro las reglas religiosas que eran su instrumento de educacion. Los mismos medios que empleó para educar á los pueblos trajeron su caída. La dominacion temporal lo puso en conflicto con la soberania del Estado, la cual es realmente de derecho divino, puesto que las naciones son de Dios; y la dominacion de los espíritus lo puso en oposicion con la libertad de pensar, que es igualmente divina, pues que es una condicion de vida y de progreso para la humanidad. Los herejes comenzaron la reaccion contra el poder pontificio; y aunque ellos sucumbieron, el principio de libertad, cuyos representantes eran, sobrevivió á su ruina y condujo á la Reforma y á la filosofía, es decir, á la negacion del poder espiritual de los sucesores de San Pedro. En la Edad Media, el Estado no existía, y esto facilitó la empresa del papado; mas

desde que las naciones tuvieron conciencia de sí mismas, se proclamaron soberanas, y por consecuencia, independientes de todo otro poder. La independencia de las naciones puso fin al poder temporal de los papas, como el libre pensamiento acabó con su poder espiritual. Ahora bien, en el siglo XV, los pueblos habian proclamado su soberania y la razon su libertad. Desde entónces, arruinado en sus fundamentos, no existía ya el papado. Tal fué la causa de su debilidad contra el protestantismo. Los pretendidos vicarios de Dios habian perdido el imperio de las almas. Reconquistaron, es verdad, una parte del terreno que les habian quitado los reformadores; mas fué por la fuerza y por la astucia, y estas conquistas son siempre pasajeras. Así, la reaccion católica fué seguida de una irremediable decadencia.

N.º 1.—El papado y las cruzadas contra los Turcos.

Hemos dicho que el papado había perdido el imperio de las almas en el siglo XV; y su impotencia se patentizó en las largas negociaciones que siguieron á la toma de Constantinopla. No cesaron los papas de llamar á los fieles á la guerra santa contra los Turcos; mas estas apelaciones no produjeron otro efecto que acreditar la esterilidad de sus esfuerzos. En la Edad Media no amenazaban á la cristiandad los sectarios de Mahoma; el peligro era, á lo ménos, tan lejano que no podía inquietar á los pueblos de Europa, que vivían en un aislamiento casi absoluto. ¿Por qué, pues, el Occidente se lanzó en masa sobre el Oriente? Por la sola razon de que los infieles se habian apoderado de Jerusalem, la ciudad santa: se armó la cristiandad para libertar un sepulcro; el papado se puso á la cabeza de los cruzados é hizo una guerra á muerte al falso profeta. En el siglo XV cayó el baluarte que habia contenido la invasion de los Musulmanes; la cristiandad invadida temió el yugo que pesaba ya sobre Asia y Grecia; no se trataba de conquistar la tumba del Cristo, sino de defender su herencia, la fe y la civilizacion cristianas, contra las armas victoriosas de los sucesores de Mahoma: era una cuestion de vida ó muerte. ¿Qué hizo el papado en estas graves circunstancias? Durante más de cien años excitó á los principes cristianos á tomar las armas contra los infieles, y su

voz clamó en el desierto. Importa consignar el hecho, porque la impotencia del papado es un acontecimiento más importante que la invasion de los Turcos, es toda una revolucion en los espíritus, y prueba que los pueblos cristianos no estaban ya bajo la influencia de Roma, es decir, que no eran ya católicos á la manera de la Edad Media: obedecían á inspiraciones políticas, comerciales, literarias, que eran todas ellas hostiles al cristianismo tradicional.

Apénas hubieron tomado los Turcos á Constantinopla, lanzó el papa una bula para predicar la cruzada contra los vencedores. Nicolas V exhortó á los principes, les mandó en nombre de la profesion de fe que habian hecho en su bautismo, y en nombre del juramento que habian prestado al recibir la unción real, que acudieran á la defensa del cristianismo; y para comprometer á los fieles á asociarse contra el enemigo de la fe, llegó á decir el papa que, en la situacion desesperada en que se encontraba la cristiandad, era de necesidad de salvacion volar en socorro de la religion amenazada (1). ¿Quién no hubiera creído que en este primer momento de espanto se hubiesen levantado en masa los cristianos á la voz del vicario de Dios? Y, sin embargo, pasó casi inadvertida la bula pontificia. De todos los pueblos de Europa, los Alemanes eran los más interesados en la cruzada, pues que los Turcos, dueños de Constantinopla, se extendían ya por Hungría é iban á invadir la Alemania. Si no tomaron la cruz, fué porque no creían en la sinceridad del papa, y decían que la corte de Roma pensaba ménos en hacer la guerra que en recoger dinero, so pretexto de la cruzada (2). “¿Por qué habian de comprometer sus bienes y su vida en pelear contra los Turcos, cuando el soberano pontífice empleaba los tesoros de la Iglesia en construir monumentos, en vez de consagrarlos á la defensa de la fe?” (3). Este hecho era una señal indudable de los tiempos: los papas habian usado y abusado tanto de su poder, que no veían ya en ellos los fieles más que hombres de dinero. Hé ahí á lo que habia llegado el papado á mediados del siglo XV.

Nicolas V, espíritu de artista, se interesaba más

(1) Bula de Nicolás V, de 30 de Setiembre de 1453 (RAYNALDI, a. 1453, núm. 9).

(2) *Pii II Commentarii rerum memorabilium*, p. 22: «Dicebant eos corrodere aurum velle, non bellum gerere.»

(3) Carta del franciscano J. CAPISTRANUS al papa (WADDING, *Annales Minorum*, t. XII, p. 208).

en el renacimiento de las letras que en la toma de Constantinopla; mas su sucesor, Calixto III, estaba animado de un verdadero celo por la guerra sagrada, y trató de comunicar su entusiasmo á la cristiandad. Antes de su eleccion habia hecho voto de perseguir á los crueles enemigos del Cristo por todos los mediós, la guerra, las maldiciones, el entredicho, las execraciones; y cuando llegó al papado, no se contentó con expedir una bula, envió predicadores á los diversos países para inflamar los espíritus (1). Europa pareció conmovirse á la voz de su jefe espiritual, mas era un ardor facticio; los principes que tomaron la cruz emplearon el dinero de la cruzada en hacer la guerra por su propia cuenta; *Aeneas Sylvius* dice con perfecta razon que el papa era el único que queria seriamente la guerra santa, pero que su impotencia igualaba á su buena voluntad (2): "Amenaza y no se le teme, clama y no se le escucha."

Cuando *Aeneas Sylvius* subió al trono de San Pedro, la guerra contra los Turcos fué la gran cuestion para la santa sede; el papa puso en ella una verdadera pasion; pero el tiempo de las cruzadas habia pasado, como el de la influencia del vicario de Dios. Pio II convocó una asamblea de reyes cristianos en Mántua; la indiferencia era tal, que muy pocos principes respondieron al llamamiento del soberano pontifice. Fué una cruel decepcion para el santo padre; abrió el concilio con palabras de desesperacion: "Habiamos esperado, dice, encontrar aquí numerosos enviados de los jefes de la cristiandad; nos hemos engañado; los cristianos no se cuidan ya de los intereses de la religion." No pudiendo arrastrar á los fieles, Pio II trató de convencer á los infieles; escribió una carta al sultan para convertirlo, y ocioso es añadir que el teólogo fué tan impotente como el soberano pontifice. El papa intentó entónces un supremo esfuerzo; declaró que se pondría él mismo á la cabeza de los cruzados: "¿Habrá un cristiano que se atreva á quedar en su casa, al ver al sucesor de San Pedro, al vicario del Cristo, al que tiene las llaves del cielo, tomar las armas, con el colegio de cardenales y el clero? Sería preciso que fuese su alma más dura que el hierro; más insensible que la piedra. ¿Qué excusa pudiera haber?; Un anciano débil y enfer-

(1) PLATINA, *Vite pontificum*, p. 727.
(2) *ÆNEAS SYLVIUS, Epist.* 239.

mo arrostra las fatigas y los peligros, y el hombre jóven, sano y robusto, se negaría á seguirlo!; El soberano pontifice, los cardenales y los obispos toman las armas para combatir á los enemigos del Cristo, miéntras quedarían ociosos los caballeros, los barones, los condes, los duques, los principes, los reyes y el emperador!," (1). La cristiandad quedó sorda á este llamamiento apasionado. En la Edad Media bastó la elocuencia de un ermitaño para inflamar á los fieles. ¡En el siglo XV, el mismo vicario de Dios toma las armas, impone á los cristianos el deber de seguirlo, y se le abandona. Los inauditos esfuerzos de Pio II forman un triste contraste con los resultados; no acudieron á Italia más que algunos vagabundos que desertaron bien pronto de la bandera de la cruz. Cuando el soberano pontifice quiso embarcarse, se encontró solo, y murió de pena.

Aeneas Sylvius es la imágen de la decadencia del pontificado. Lo que un hombre de corazon no habia podido lograr, no podían alcanzarlo pontifices más ó ménos indiferentes. Paulo II, Sixto IV, Inocencio VIII dirigieron apremiantes exhortaciones á todos los principes, pero su voz no tuvo eco: la cristiandad no tomaba ya en serio á los papas. Maquiavelo, órgano del espíritu político que dominaba en las cortes, dice que los proyectos de cruzada eran *cuentos de charlatanes*, y los compara con el diluvio y el fin del mundo. Alejandro VI nos dirá si el escritor italiano exageraba, y si el papado merecía todavía que se prestara fe á sus palabras. El jefe de la cristiandad tenia entre sus manos al hermano de Bajaceto, y se aprovechó de esta buena fortuna para sacar dinero de su amigo el Gran-Turco. Cuando Carlos VIII amenazó á Nápoles y á Constantinopla, en vez de aprovechar el papa esta ocasion para atacar á los Turcos, envió un embajador al sultan con instrucciones que son una vergüenza eterna para la santa sede. El soberano pontifice hizo traicion á la cristiandad, comunicando á Bajaceto los proyectos del rey de Francia, y le pidió subsidios para combatir á los Franceses: esperaba, dice, que en estas circunstancias difíciles le diera el sultan una prueba de su amistad. Alejandro VI insiste muchas veces en su correspondencia en la *buena amistad* que existía entre él y el sucesor de Mahoma; y aún habria querido es-

(1) *ÆNEAS SYLVIUS, Epist.* 412.

trechar estos lazos increíbles (1). Bajaceto respondió al papa proponiéndole que hiciera morir á su hermano Gem, ó, como dice el sultan en términos que harían honor á Tartufe, "que librase á su hermano lo más pronto posible de las miserias de este mundo, á fin de que su alma fuese trasportada á otra vida donde pudiera gozar de más reposo." El sultan prometió al papa, si le enviaba el cuerpo de su hermano, una suma de 300.000 ducados "*para comprar tierras á sus hijos.*" Alejandro se vió obligado á vender el desgraciado Gem á Carlos VIII por 20.000 ducados, pero se lo entregó envenenado. Hay que oír á Burchard á propósito de este golpe maestro: "El sultan Gem murió *por haber tomado un manjar ó un brebaje que no convenia á su temperamento y que no tenia la costumbre de tomar.* Su cuerpo fué en seguida enviado á Bajaceto, y éste pagó ó dió en cambio, se dice, *una gran suma de dinero.*" Era el precio de la sangre.

Llegamos á un papa un poco más serio. Leon X exhortó á los principes cristianos á la guerra santa en lenguaje ciceroniano é invocando á los *dioses inmortales*. Reunióse una dieta en Cambray con el fin de hacer la paz entre el rey de Francia, el rey de Castilla y el emperador, y de unirlos contra el enemigo de la cristiandad: tal era, á lo ménos, el objeto aparente de las conferencias; mas las instrucciones secretas nos dicen que en el fondo se trataba de la ambicion de los principes: "Para adormecer al papa, decia Francisco I, se pondrá por delante la cuestion de Grecia," (2). Las circunstancias se hicieron, sin embargo, graves, apremiantes. Las conquistas y los proyectos ambiciosos de Selim difundieron el espanto en Italia, hasta el punto de que el papa no se creia ya seguro en Roma. Entónces Leon X, con su autoridad pontificia, ordenó una tregua de cinco años entre los principes cristianos, y amenazó con excomunion y entredicho á los que se negaran á observarla (3). Al propio tiempo entabló el papa con todas las cortes negociaciones que condujeron á un tratado formal, á una verdadera coalicion de la cristiandad contra los Turcos. En su alegría ex-

clamó el soberano pontifice: "Regocijate, Jerusalen, tu liberacion se aproxima." ¿Cómo fué que este famoso tratado se hizo letra muerta? El clero, que debia contribuir con su dinero, fué el primero en resistir: en España se negó unánimemente á levantar el diezmo de sus rentas; en vano el papa puso el reino en entredicho; se despreciaron sus rayos; en Alemania, los clérigos estuvieron de acuerdo con los reformadores para combatir el diezmo, y por todas partes no se vió en las cruzadas sino un pretexto para sacar dinero. Hasta el papa olvidó los anatemas que habia lanzado contra los que rompieron la tregua: cuando estalló la guerra entre Carlos V y Francisco I, Leon X tomó partido por el emperador contra el rey cristianísimo y no hubo ya cuestion de cruzada (1).

El papado sentia su impotencia. Adriano dirigió un llamamiento desesperado á los principes; se quejó de su ambicion desordenada; los amenazó con el juicio de Dios, que los despojaría de sus reinos en este mundo y los entregaría en el otro á la muerte eterna; suplicó, ordenó, y por último, confesó gimiendo que todas sus palabras eran vanas (2). No sospechaba el papa cuánta verdad decia; los principes no respondieron siquiera á la carta apasionada del santo padre. Era llevar la indiferencia hasta el desprecio, y no faltaba más que una cosa para dar el golpe de gracia á los proyectos de cruzadas, la alianza entre los cristianos y los infieles. El rey *cristianísimo*, Francisco I, dió el ejemplo, y el rey *católico* no habria querido más que poder hacer otro tanto. Esto era una revolucion política y religiosa juntamente. En la Edad Media, las más simples relaciones civiles entre cristianos é infieles eran reprobadas por el papa: se habria considerado una alianza entre la *Luz* y las *Tinieblas* como una cosa monstruosa, imposible. Y hé aquí que el imposible se realiza: es la humanidad que reemplaza á la cristiandad. Desde entónces, la idea de una cruzada se convirtió en un contrasentido, se hizo una verdadera imposibilidad. Todavía hubo guerras contra los Turcos, pero fueron guerras políticas, y casi siempre guerras defensivas; no fué ya la religion quien inspiró las alianzas, sino el interes de los principes; los mismos papas cedieron

(1) «Immo nostre intentionis est accrescere et meliorare nostram bonam amicitiam» (*Journal de BURCHARD*, en los *Archives curieuses*, serie 1.^a, t. I, p. 242 y siguientes).

(2) *BEMBI Epist.*, t. II, p. 334.—*CHARRIÈRE, Négociations de la France dans le Levant*, t. I, p. 21.

(3) *RAYNALDI Annales*, 1518, números 41 y sig.—*CHARRIÈRE*, I, 47, 53, 67.

(1) *CHARRIÈRE*, t. I, p. 74, nota 2; p. 76, nota 1.—*RAYNALDI*, a. 1518, números 76, 77.

(2) *CHARRIÈRE, Négociations*, t. I, p. 96-102.

á la influencia del tiempo, y acabaron por ver aliados en los infieles, lo mismo que el emperador, el defensor de la santa sede.

Esto no impidió á los papas hablar siempre de cruzada y de apelar á la guerra santa. Vanas palabras en las que ya no podían creer ellos mismos! El último concilio general de la cristiandad tenía por objeto la guerra contra los Turcos y la reforma de la Iglesia. Paulo III fué quien lo fijó en la bula de convocacion (1). Ni una palabra se dijo, sin embargo, en el concilio de Trento para unir á los príncipes cristianos contra los infieles. El concilio no hizo otra cosa que ahondar más profundamente el abismo que separaba á los católicos y los protestantes; eternizó el cisma, y este cisma era una rebelion contra el papado. La impotencia de los papas en su lucha contra los reformadores fué tan grande como su impotencia en la lucha de la cristiandad contra los Turcos.

N.º 2.—El papado y Alemania.

Las vanas apelaciones que los papas dirigieron á la cristiandad en los siglos XV y XVI para armarla contra los Turcos atestiguan que había una completa divergencia de sentimientos y de miras entre el papado y los fieles: era el anuncio de una revolucion. La religion se trasformaba sin que los vicarios de Dios lo sospechasen; los pueblos tendían á unirse en una gran familia, á pesar de la diversidad de las creencias religiosas, mientras los papas se obstinaban en mantener la oposicion hostil de infieles y creyentes. De ahí la impotencia del papado, que se inmovilizó en lo pasado, cuando la humanidad marchaba hácia nuevos destinos. Idéntica oposicion entre los sentimientos de la cristiandad y las pretensiones de los que se llamaban representantes de Dios en la tierra se manifestó en la lucha de la Iglesia contra el protestantismo.

No faltaron advertencias al papado. Hácia dos siglos que resonaban en el horizonte clamores de reforma; los concilios generales de Constanza y de Basilea respondieron en parte á estas exigencias, pero la política pontificia logró eludirlo todo. En apariencia, el poder de los papas era más grande que nunca á principios del siglo XVI; mas era la

(1) LE PLAT, *Monumenta concilii Tridentini*, t. III, p. 257.

calma engañosa que precede á la tempestad. Los papas se habían negado á corregir los abusos, y hé aqui que estalla una revolucion religiosa. Habriase podido regular y moderar esta revolucion si se hubiesen hecho algunas concesiones á los reformadores; pero ciego, como todos los poderes que se van, el papado se opuso á toda transaccion seria. ¿Por qué esta obstinacion increíble? Las quejas se dirigían especialmente contra la corte pontificia; y la corte de Roma, dice un contemporáneo, no quería reforma, áun cuando hubiese tenido que perecer la cristiandad (1); quería conservar su poder á toda costa, y hé ahí por qué combatió desde un principio á los protestantes. "Aqui se sabe perfectamente, escribía un Romano en Enero de 1521, que Lutero tiene razon, pero no se quieren corregir los abusos; poco nos importan Jesucristo y la fe, la piedad y la honestidad, con tal de que nuestra dominacion quede á salvo," (2). Poco importaban, además, á los soberanos pontífices las perturbaciones y las guerras en que su oposicion precipitaba á la cristiandad; Roma no veía más que su autoridad y su grandeza, como los reyes mismos se lo reprocharon (3); y como su poder estaba ligado á las instituciones y á los abusos de lo pasado, se esforzó en mantener las instituciones con los abusos.

El primer punto que el papa recomendó á los embajadores que envió á la dieta de Spira fué la autoridad de la santa sede (4); y al convocar el concilio de Trento, dió Julio III la misma instruccion á sus legados: quería que los Padres se contentasen con decidir las cuestiones de fe y que se evitára tocar al poder pontificio; pensaba, y no sin razon, que "mientras éste se mantuviese integro, se podría volver fácilmente al antiguo estado de cosas," (5). Los legados fueron fieles á estas órdenes: en cuanto un miembro del concilio pedía una reforma, áun cuando fuese puramente disciplinaria, si concernía al poder papal, ellos la remitían á Roma, y el desgraciado reformador era reprendido en plena asamblea. Los prelados españoles querían quitar á los papas la colacion de los curatos: "No será nada de eso, exclamó el soberano ponti-

(1) Son las palabras de VARGAS, *Lettres et Mémoires sur le concile de Trente*, p. 321.

(2) GISELBER, *Kirchengeschichte*, t. III, l. § 1, nota 62.

(3) Instruccion del rey de Francia á su embajador en Trento (LE PLAT, *Monumenta concilii Tridentini*, IV, 730).

(4) GRANVELLE, *Papiers d'État*, II, 590.

(5) SARPI, *Istoria del concilio Tridentino*, IV, 28.

fice, áun cuando el mundo hubiera de perecer!" (1). Esto toca en la demencia; mas hay que confesar que esta ruda ambicion está en el espíritu del catolicismo: si es verdad que los papas son los representantes de Dios en la tierra, el deber de los fieles es obedecerlos; la obediencia á la Iglesia se confunde con la obediencia á Dios; es, pues, la primera de las virtudes, el ideal de la perfeccion cristiana (2). En este orden de ideas, la fe viene á ser lo accesorio, la autoridad de la Iglesia es lo principal. Un jesuita es quien lo dice: *Le Jay* declaró en el concilio de Trento que, áun cuando los protestantes convinieran con los católicos en todos los artículos de la fe, debían ser mirados como herejes, sólo por el hecho de que no reconocieran la autoridad de la santa sede (3). El motivo por el cual se aferraban tanto los papas á su poder exterior no era precisamente una razon teológica; sentían que se les escapaba el imperio de las almas y que el único medio de mantenerse era conservar y aumentar, si podían, su influencia en la Iglesia y en el Estado. Un Padre dijo en el concilio de Trento que el prestigio de las funciones políticas ejercidas por los clérigos daba más autoridad á la Iglesia que la fe: palabras que fueron recibidas con unánimes aplausos (4). Tal era la posicion de los papas frente á los protestantes; y explica bien la obstinada resistencia que opusieron á toda reforma, al propio tiempo que su impotencia para detener la revolucion religiosa que se cumplía en la cristiandad.

Cuando la Reforma estalló no había ya ni sombra de sentimiento cristiano en Roma. Leon X era un humanista indiferente, si no incrédulo: habria sido un papa perfecto, dice *Paulo Sarpi*, si hubiera tenido piedad y algun conocimiento de las cosas religiosas (5). La corte pontificia era la mansion de las bellas artes y de los placeres; al decir de un cardenal, no faltaban más que las damas (6); y, sin embargo, cosa singular, aquella corte epicúrea conservaba todas las pretensiones del papado de la Edad Media. Despues de la condenacion de Lute-

(1) RANKE, *Deutsche Geschichte im Zeitalter der Reformation*, tomo V, p. 133.

(2) En el concilio de Trento fueron pronunciadas estas palabras: «Che l'obbedienza della Chiesa è il sommo della perfezione cristiana» (SARPI, VI, 31, t. II, p. 222).

(3) *Historia Societatis Jesu*, t. I, p. 99, núm. 112.

(4) SARPI, *Istoria del concilio Tridentino*, VI, 13 (t. II, p. 168).

(5) SARPI, *Istoria del concilio Tridentino*, I, 5 (t. I, p. 10).

(6) RANKE, *Fürsten und Völker von Süd-Europa*, t. II, p. 73.

ro, el nuncio decía á quien quería oírlo: "El soberano pontifice puede destronar á los reyes; puede, si quiere, decir al emperador: ¡tú no eres más que un curtidor! Sabrá bien traer á razon á uno ó dos gramáticos, y nosotros manejáremos á ese duque de Sajonia," (1). Las instrucciones que Leon X dió á su primer legado en Alemania estaban concebidas en el estilo de los Gregorios é Inocencios: el papa le ordenaba que "llamase ante sí á Lutero, apoyándose en el poder temporal, y lo pusiese á buen recaudo; y si, despreciando el brazo secular, no comparecía, el papa autorizaba á su legado á excomulgar al monje sajón y á todos sus adictos; le autorizaba igualmente á excomulgar á todos los laicos, hasta á los príncipes, excepto el emperador, que le negáran su concurso; á privarles de sus dignidades y de sus feudos, y, en fin, á poner en entredicho las tierras en que fueran recibidos Lutero y sus cómplices," (2). ¡Extraña ceguedad de los hombres de lo pasado! ¿Eran los papas los únicos que ignoraban que hacía ya siglos se mofaban clérigos y laicos de los rayos de la santa sede? Leon X excomulgó á Lutero, lo cual implicaba para todos los fieles la prohibicion de comunicarse con él. ¡Esto no impidió al emperador, el protector nato de la Iglesia, llamar al monje sajón á la dieta de Worms, dándole los títulos de *querido*, de *honorable* y de *piadoso*! ¡Las ciudades y las universidades rivalizaron en dispensar atenciones á un hombre entregado á los demonios! (3). Lutero encontró partidarios entre los príncipes alemanes y hasta entre los electores del santo imperio. Aqui se patentizó la impotencia del papado. No ignoraba Leon X los terribles decretos de Inocencio III contra los príncipes que prestan apoyo á los herejes; acababa de confirmarlos implícitamente en las instrucciones que había dado al cardenal Cayetano; y Paulo IV renovó expresamente, hácia mediados del siglo XVI, todas las leyes dictadas contra los herejes y sus cómplices. ¿Cómo no intentaron siquiera los papas poner en ejecucion estos anatemas contra los príncipes alemanes? No sabiendo cómo explicar esta extraña inaccion, dice un defensor de la Iglesia que se la debe atribuir á la paternal bondad de los so-

(1) Esos eran los propósitos del nuncio ALEXANDER, referidos por ERASMO (VON DER HARDT, *Historia literaria reformationis*, tomo I, p. 169).

(2) LE PLAT, *Monumenta concilii Tridentini*, t. II, p. 6-8.

(3) MERLE D'AUBIGNÉ, *Histoire de la Réformation*, t. II, página 280.